



Aviso Legal

Artículo de divulgación

- Título de la obra: Europa, madre de guerras
- Autor: Taboada, Hernán G. H.
- Forma sugerida de citar: Taboada, H. G. H. (2001). Europa, madre de guerras. *Cuadernos Americanos*, 3(87), 216-229.
- Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*
- Datos de la revista:
- ISSN: 0185-156X
- Nueva Época, Año XV, Núm. 87, (mayo-junio de 2001).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Europa, madre de guerras

Por *Hernán G. H. TABOADA*

Cuadernos Americanos,

Universidad Nacional Autónoma de México

*La tarea del historiador es hacer recordar
lo que quiere olvidarse*

Eric Hobsbawm

AL COMIENZO de uno de los más recientes intentos de explicación de la excepcionalidad de Europa y de su exitosa competencia con otras civilizaciones, David Landes nos aclara cómo

algunos consideran que la riqueza y el dominio de Occidente representan el triunfo del bien sobre el mal. Los europeos, dicen, eran más inteligentes, más trabajadores y estaban mejor organizados, los otros eran arrogantes, holgazanes, atrasados, supersticiosos. Otros invierten las categorías: los europeos, dicen, eran agresivos, insensibles, codiciosos, inescrupulosos, hipócritas; sus víctimas eran débiles, inocentes y felices, víctimas que esperaban serlo y por ende acabaron siéndolo. Veremos que estas dos versiones maniqueas tienen elementos de verdad, así como de fantasía ideológica.

Sin embargo, la obra de Landes —cuyo único interés, bien se ha dicho, no es, como declara, la historia mundial, sino exclusivamente la de Europa— se dedica a glosar y fundamentar la primera versión, cuyo carácter maniqueo al parecer va olvidando, y deja de lado casi completamente los posibles “elementos de verdad” de la segunda versión, abundando en cambio en pequeñas ironías sobre su carácter de fantasía ideológica. No sé si realmente fue un temple agresivo, insensible, codicioso, inescrupuloso e hipócrita la característica saliente de los europeos y lo que dio origen a su hegemonía mundial, pero sin duda existió una disposición que fácilmente cristaliza en algunos de estos epítetos, y dicho temple ha recibido poca atención de los historiadores, por lo que no parece inútil el esfuerzo de colacionar testimonios y reflexiones al respecto.

¹ David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Barcelona, Javier Vergara, 1999, p. 24.

Hoplitas y orientales

Es pertinente comenzar con una sentencia de Heráclito: “La guerra es el padre de todos, y rey de todos; a algunos los hizo dioses y a algunos hombres, hizo a algunos esclavos y a otros libres”.² El estilo oscuro del filósofo efesio nos asoma ante un abismo de interpretaciones, pero su referente primero es indudablemente la realidad de guerras perpetuas que asolaba el mundo de ciudades-Estado del Mediterráneo clásico. Este aspecto de violencia continua y la consiguiente difusión de costumbres brutales no suele ser señalada en los panoramas generales, aunque es bastante obvio en cualquier acercamiento a las fuentes: los relatos de Tucídides sobre las confrontaciones internas de los oligarcas y el pueblo en las *poleis* o ciertas indicaciones de Platón son quizás menos ilustrativas al respecto que las descripciones del ejército romano y sus modos de operación, en su momento redactadas por un admirador de Roma, Polibio de Megalópolis, en el libro VI de sus *Historias*.

La estrategia romana había nacido en un mundo donde las sociedades se dedicaban crecientemente a la guerra y algunas la tenían como ocupación única o principal: los mamertinos del sur de Italia y los romanos mismos. Todo antiguo era hombre de armas: el trágico Esquilo y el financiero Craso las empuñaron. El establecimiento del imperio romano (“una tarde apacible después de un día bochornoso”, como señaló Mommsen) impuso alguna tregua entre las comunidades, pero la brutalidad no desapareció de las costumbres, como muestran los métodos pedagógicos, en que el palo era aliado permanente del maestro,³ o la popularidad de los combates de gladiadores. El ideal moral del estoicismo, en cierta forma la filosofía oficial romana, se cifraba en la justicia, que puede ser dura, no en la benevolencia.

Hay que recordar que en ese Mediterráneo nació el género que se llamó diálogo (ya hemos oído hablar melifluamente de “Europa, civilización del diálogo”), pero en realidad debería llamarse *polémica*: una trasposición al campo de las ideas de la guerra en el campo de batalla. Los sofistas o Sócrates gustaban empeñarse en combates verbales de refinada violencia, lamentable costumbre que continuamos. Más sinceros, los primeros pretendían poder demostrar la verdad de cualquier proposición. Sócrates y sus conti-

² Heráclito frg. 53 DK, la traducción del griego me pertenece

³ Véanse al respecto las referencias de Henri-Irénée Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, pp. 192-194 y 333

nuadores, en cambio, creyeron que era la verdad que tenía una fuerza especial, que le permitía la derrota del contrario. Para citar otra vez a un panegirista, veamos la opinión de Nietzsche al respecto: "Sócrates había descubierto una especie de 'agon', de lucha, y fue el primer maestro de esgrima para los círculos distinguidos de Atenas. Fascinó excitando el sentido de lucha de los helenos".⁴

Si ahora comparamos aquel Mediterráneo con el Asia o el Egipto antiguos, lo que ya los romanos llamaron el Oriente, la omnipresencia de imperios desde época temprana impidió allí que la guerra fuera endémica, e hizo que se limitara a periodos o regiones; el hombre común no era hombre de armas, lo eran sólo los profesionales de la violencia, los bandidos, los mercenarios y su gran jefe, el Estado. Un resultado de ello fue la inferioridad de los ejércitos orientales frente a los del Mediterráneo: Platea, Arbelas y Tigranocerta son algunos jalones en la historia de esta competencia desigual; los ejércitos del Gran Rey persa eran innumerables, agotaban los ríos bebiéndolos, pero sus soldados eran llevados a la batalla bajo el látigo y al primer choque se desbandaban; apenas llevaban protección, contrariamente a los hoplitas griegos, cubiertos de bronce. Desde Heródoto se ha señalado que la dimensión política del soldado mediterráneo —hombre libre frente a súbditos— hacía la diferencia. Pero no se puede dejar de contabilizar también un *ethos* infinitamente más agresivo de aquel hombre libre: viéndola desapasionadamente, la *Retirada de los Diez Mil* descrita por Jenofonte es la historia de un hatajo de malvivientes entre pueblos que viven pacíficamente. Esta última valoración sería vista con desdén por griegos y romanos, ajenos a los prejuicios que desde entonces se han acumulado: para ellos se trataba de hombría frente a debilidad, como teorizó Hipócrates —y luego Aristóteles— al comparar a los europeos con los asiáticos: "Sobre la falta de ánimo de los hombres y su falta de virilidad, es porque son menos guerreros los asiáticos y más mansos de costumbres, de lo cual es causa principal el clima".⁵ Esta imagen perduró en múltiples formas: para la literatura latina, nada más natural que hablar del *effeminatus Syrus*.

La diferencia entre el Syrus y el hoplita ejemplificaba dos actitudes creadas por la diferencia de instituciones. El cuadro de vio-

⁴ Friedrich Nietzsche, *El ocaso de los idolos* (1888), en *Obras completas*, Madrid Aguilar, 1962, vol. IV, p. 405; cf. Antonio Pérez-Estévez, "Diálogo platónico y alteridad", *Cuadernos Americanos*, núm. 54 (1995), pp. 92-99

⁵ Hipócrates, *De aires, aguas y lugares*, XVI la traducción del griego me pertenece

lencia sin freno que Karl Wittfogel, entre otros, ha atribuido al "despotismo oriental"⁶ puede apoyarse en muchos ejemplos de la violencia oficial de las formaciones políticas "orientales" (aunque no es exclusiva de ellas), pero tiene su correlato en la violencia generalizada que con frecuencia azotó el antiguo mundo mediterráneo poblado de ciudadanos más o menos libres.

Se trata por supuesto de tendencias: los contraejemplos son fáciles de encontrar y por desgracia la actitud pacifista es fácil de ser superada por los acontecimientos. De todos modos, creo que la correlación vista puede complementarse contrastando las dos civilizaciones herederas del mundo antiguo, la Europa cristiana y el Islam. Con ello no pretendo suscribir la idea de una continuidad o identidad bipolares, según la cual Europa ("Occidente") sería la heredera del mundo grecorromano y el Islam de las civilizaciones del Creciente Fértil. Creo, por el contrario, que Europa y el Islam fueron (¿son?) hermanos gemelos, herederos por partes iguales de los pasados de Egipto, Mesopotamia, Israel, Grecia y Roma. Este tema requiere por sí mismo indagación; por ahora sólo apunto que en el caso de las actitudes violentas, la correlación mítica se da sin duda: Europa heredó una situación de guerra generalizada, el Islam de delimitación de las guerras.

2 *El Islam y la guerra*

VEAMOS el Islam en primer lugar. Sin duda, en el imaginario europeo es la civilización de la violencia: Mahoma difundió su ley con la espada, los gobernantes ven como meritoria la Guerra Santa, todo muslim es un terrorista en potencia. Se congregan en estas calificaciones desde simples calumnias hasta atribuciones abusivas.

uele olvidarse que la toma de Jerusalén por los cruzados (1099) fue seguida de una sangrienta masacre de sus habitantes (muslimes y judíos; incluso algunos cristianos), mientras su recuperación por Saladino (1187) estuvo acompañada por el perdón general.⁷ Aunque conocedor de la guerra, el Islam también tiene una notable herencia de rechazo a la violencia por parte del hombre común.

En parte, ello es producto de la herencia beduina. Ya Ludwig Burckhardt, en sus viajes por Arabia (1814), notaba que el bedui-

⁶ Karl Wittfogel, *Despotismo oriental*, Madrid, Guadarrama, 1966

⁷ Para este y otro revisionismo de la historiografía europea, véase Amin Maalouf, *Las Cruzadas vistas por los árabes* (1983), Madrid, Alianza, 1996. para ser justos, el citado Landes consigna esta diferencia de actitudes en nota a pie de página

no, terrible matasiete, capaz de las más sangrientas amenazas, rara vez llega a los hechos: las guerras beduinas, han mostrado los antropólogos, estaban sometidas a estrictas reglas que trataban de evitar las muertes, las cuales habrían llevado a un ciclo interminable de venganzas de sangre. También entre los ciudadanos y campesinos del sur de Arabia, ligados a sistemas tribales, existe este temor al infierno de la *vendetta*. Steven Caton ha descrito el mecanismo utilizado en Yemen para conjurar estas situaciones cuando ante su vista se montó un escenario de guerra, con hombres armados apostados en techos y corrales. Caton temía en cualquier momento una escena de *western*, pero ésta nunca llegó, reduciéndose todo a tiros al aire y a canciones de burla que una facción dirigía a la otra, en una competencia musical que sustituía a la armada ⁸

Sin embargo, para dar cuenta de la actitud islámica hacia la guerra debemos dirigirnos, más que a estas herencias tribales, hacia la profesionalización guerrera, semejante a la de egipcios, acadios o persas: ejércitos de esclavos o mercenarios fueron la regla en el Islam premoderno en una tendencia que se fue acentuando. El hombre común no participaba en la guerra y esto explica que la antes citada opinión de Heráclito, conocida en el Islam, fuera interpretada en sentido espiritual.⁹ Resume la situación un episodio en torno a Mahmud de Gazna: cuando en el año 1006 la ciudad de Balj, perteneciente a su reino, fue atacada por los qarajánidas, los baljies organizaron la resistencia y rechazaron a los invasores: la reacción de Mahmud fue todo menos alentadora “¿Qué tienen que ver los súbditos con la guerra? Es natural que una ciudad fuera destruida y que quemaran la propiedad que me pertenecía, que me daba ingresos [...] que no se repita: si un rey se muestra más fuerte, deben pagársele impuestos y con ello conseguirse la inmunidad” ¹⁰

Apartado de la guerra, el hombre común se revelaba a veces de una impotencia asombrosa: son conocidas las reacciones ante

Louise E. Sweet, “Camel raiding of North Arabian Bedouin: a mechanism of ecological adaptation” (1965), en Louise E. Sweet, ed., *Peoples and cultures of the Middle East*. Garden City, Natural History Press, 1970, pp. 265-289. Steven Caton, *Peaks of Yemen, I summon*, Los Angeles/Londres, University of California Press, 1990

⁸ Daniel De Smet, “Héraclite, philosophe de la guerre, dans la tradition arabe”, *Acta Orientalia Belgica*, ix (1994-1995), pp. 131-140

⁹ El pasaje pertenece al historiador Baihaki, contemporáneo de Mahmud de Gazna, y está traducido en Clifford E. Bosworth, *The Ghaznavids their empire in Afghanistan and Eastern Iran, 994-1040*, Edimburgo, University Press, 1963. p. 256

la llegada de los mongoles a tierra islámica, cuando grupos de individuos eran matados como ovejas por un solo mongol, sin poder reaccionar. Para detener los ataques europeos que comenzaron con las Cruzadas, los musulimes sólo pudieron acentuar esta especialización guerrera, creando los cuerpos de mamelucos y jenizaros, especialistas de la guerra reclutados fuera del Islam.¹¹ La carrera militar dejó de ser prestigiosa y en el siglo xx las potencias mandatarias en la región tuvieron que integrar los primeros ejércitos a partir de grupos minoritarios (lo cual ha repercutido en la política local hasta hoy). En nuestros días, las novelas y cuentos de Naguib Mahfuz nos muestran la misma impotencia de la gente común, tanto frente a esos pequeños profesionistas de la violencia que son los *futuwwa* como frente a las tropas australianas que invadieron Cairo durante la primera Guerra Mundial.

Si agregamos a ello la estructura familiar que enfatiza el acuerdo (y el conformismo) o la fuerte tradición ciudadana del Islam, podemos entender mejor ciertos rasgos de mansedumbre y benevolencia persistentes, que sólo tardamente serán reconocidos en Europa bajo el neologismo de *civilización*: las “buenas maneras”, sobre las que Erasmo tuvo que insistir en el siglo xvi (modales en la mesa, uso de pañuelos para limpiarse los mocos), ya habían sido tema de manuales desde la antigüedad mesopotámica, que el Islam continuó con la literatura del *adab*;¹² la costumbre europea de escupir en las iglesias extrañaba a los musulimes; la limpieza corporal, vista entre otras cosas como un acto de amabilidad hacia los demás, sería en Europa novedad que los ingleses importaron de la India. Más concretamente, para el muslim, el buen trato a los animales¹³ e incluso a las plantas es recomendable, y la cordialidad hacia los semejantes practicada. De esto último dan testimonio los mismos europeos: los turcos se tratan entre sí con gran amabilidad, notaba Ogier Ghislain de Busbecq; mejor que entre nosotros, decía a regañadientes Pedro Teixeira; están ausentes las agresiones típicas de los barrios proletarios ingleses, notaba Richard

¹¹ Véanse al respecto los estudios de David Ayalon reunidos en *Le phénomène mamelouk dans le monde islamique*, Paris, PUF, 1996.

¹² Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, México, FCE, 1989, cap II, pp. 99ss; Francesco Gabrieli, art “Adab” en *The encyclopaedia of Islam*, 2a ed., I, pp. 180-181, K. Toom, “La pureté rituelle au Proche Orient ancien”, *Revue de l'Histoire des Religions* 206 (1989), pp. 338-356

¹³ Hernán G. H. Ibañeta, “Naturaleza, bestias y hombres en el Islam”, *Quadrivium* (Toluca), núms. 10-11 (1999), pp. 256-261

Burton.¹⁴ La valoración no era recíproca: hombres valientes, pero nada más, groseros y tremendamente sucios, repitieron los musulimes, expresando un tópico sin duda, pero también lo que veían.¹⁵

Aunque no se trata aquí de dar un panorama comparativo, sospecho que algo parecido al Islam se daría en China. De la violencia institucional, el “teatro del poder” y las torturas chinas se nos ha hablado con fervor, pero también aquí parece haberse tratado de monopolios estatales. China careció de guerras internas por periodos seculares y el confucianismo miraba con desprecio a los militares; la expansión de la cultura Han se debió a un avance demográfico más que militar. Ello dio en una desesperante actitud personal que evita cualquier negativa directa (cosa que los chinos comparten con otras culturas) y, más positivamente, a la notable ausencia de saqueos y matanzas cuando las flotas de Zheng-he (Cheng-Ho) recorrieron los mares del Índico (1405-1433), con conducta muy distinto a los europeos, que en esos mismos años iniciaban sus exploraciones atlánticas. De América podría decirse otro tanto. Pero se trata ahora de ver la actitud de los europeos.

3 Europa y la guerra

PARA ELLO, habría que señalar algo más en cuanto a herencias. La vulgata suele decir que la civilización europea se levanta sobre una triple herencia: la grecorromana, la judeocristiana y la de los pueblos del norte, celtas y germanos. Me parece que es una selección algo arbitraria, pero aun así los componentes son significativos; por ello, tras los párrafos anteriores en torno a la herencia clásica, agrego algunas líneas sobre las otras dos.

El adjetivo “judeocristiano” es relativamente reciente y hasta cierto punto inexacto: lo judío y lo cristiano se oponen en más de un punto; el tema fue ventilado muchas veces, por quienes contrastaban el Yahvéh implacable de la Torá y el Dios bondadoso del Evangelio. Para nuestro propósito sirva aquí señalar que efectivamente el *ethos* de los hebreos participaba de la rudeza propia del Mediterráneo: batallas y masacres no le eran ajenas (véanse *p. ej.* los libros bíblicos de Samuel, Reyes y Crónicas); cuando las

¹⁴ Mucho me temo haber perdido las referencias de estos autores

¹⁵ Véase el testimonio de Usama ibn Munqid, *An Arab-Syrian gentleman and warrior in the period of the Crusades memoirs of Usamah ibn Munqidh*, traducido por Philip

sociedade cristianas han querido justificar la guerra y la explotación han recurrido sobre todo a ejemplos del Antiguo Testamento (o a abusos sobre la letra del Nuevo, como la del *compelle intrare*). Fueron estos libros los que el obispo Ulfilas suprimió de su traducción al godo por considerarlo pernicioso dada la inclinación guerrera de sus rebaños, y los que inspiraron a los calvinistas en sus correrías transatlánticas o en la discriminación de los negros, considerados descendientes del maldito Cam.

Pero no es ésta la única herencia que recogió el judaísmo: hay otra de mansedumbre, visible en el Canto del Iervo (el llamado Segundo Isaías), en el libro de Job (donde la forma de intercambio de ideas es muy distinta al diálogo griego) y en el cristianismo. Ahora bien, es notable que la doctrina evangélica del amor haya sido opacada muy tempranamente por otras, en realidad aparecidas mucho después de la predicación de Jesucristo, que ya son visibles en las epístolas del ciudadano romano Paulo de Tarso: la represión de los deseos y la sistematización jurídica; no cuesta mucho ver en ello la influencia del pensamiento de la Roma imperial. Unos siglos después, el episodio de Francisco de Asís nos muestra la extrañeza con que el mensaje evangélico fue recibido en un mundo que decía ser cristiano pero era más bien paulino, y donde la ley y la moral eran sobre todo instrumentos para oprimir a los débiles: los pobres, las mujeres, los niños, los animales (no hay mucha novedad en este uso).

En cuanto a los pueblos del norte, los autores clásicos nos presentan a celtas y germanos como terribles guerreros; mucho hay en ello de lugar común literario, pero también se nos dan a conocer ejemplos ilustrativos: entre los celtas, un hombre podía vender su vida a cambio de un tonel de vino, y una vez que lo consumía se inmolvaba como espectáculo en los banquetes. El paraíso de los germanos era un sitio de eterna guerra, en el cual los combatientes morían cada anocheecer para renacer a la mañana siguiente y continuar su lucha eterna; los viquingos, "hombres magníficos como palmeras", según decía el viajero árabe Ibn Fadlán (año 981), solían divertirse en sus correrías arrojando niños al aire y ensartándolos con sus lanzas; según otro viajero árabe "a veces echan a los niños al mar para evitarse la molestia de criarlos". Recordemos que el énfasis en el control poblacional, opuesto a la desmedida

natalidad del A ia —no ajena a propensiones lúbricas— ha sido postulado como uno de los secretos del “milagro europeo”.¹⁶

Pero más que tales herencias, contó en Europa la realidad de múltiples unidades políticas: la geografía, la tradición clásica o la disponibilidad general de recursos mineros impidieron que se formaran en Europa imperios como en China o el Islam; los intentos más exitosos, los de Carlomagno, Carlos V o Luis XIV, no llegaron sino a medio camino. Tanto Maquiavelo como la última historiografía han visto en dicho policentrismo, y en la incesante competencia resultante, un motor del dinamismo europeo. No debe descuidarse sin embargo que el dinamismo era, sobre todo al principio, bélico. Europa vivía en guerra permanente; por algo la historia *événementielle* nos ha aburrido con sus batallas. De esta situación derivó una carrera armamentista constante y, ventajas de la competencia, la tecnología bélica alcanzó excelencia mundial en la Europa occidental ya desde el siglo xv. En ello deben verse también otros factores, como la excelencia minera y metalúrgica, aludida antes. De todos modos, Europa pudo ya desde entonces destacarse en la producción de armas de fuego, arquitectura militar, estrategia o construcción de naves; pocas otras ramas podían pretender una superioridad semejante en la ecumene civilizada de entonces.¹⁷

El resultado no fue la “contención mutua” sino un estado de guerra poco menos que endémica; hace poco Jacques Lafaye ha notado el carácter de violencia y guerra extrema que caracteriza el llamado Renacimiento, del cual se suelen subrayar logros artísticos;¹⁸ el *Simplicius Simplicissimus* (1669) de Hans Jakob von Grimmelshausen, con sus horripilantes escenas, tomadas a broma,

¹⁶ Una vez más fueron expuestas estas afirmaciones malthusiano-moralistas en Eric Jones, *The European miracle. environments, economies, and geopolitics in the history of Europe and Asia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981 y las recogió Landes en *La riqueza y la pobreza de las naciones*

¹⁷ En estas reflexiones sobre la guerra europea recojo opiniones de Carlo Cipolla, *Guns, sails and empires: technological innovation and the early phases of European expansion (1400-1700)*, Nueva York, Pantheon Books, 1965, André Corvisier, *Armies and societies in Europe, 1494-1789*, Bloomington y Londres, Indiana University Press, 1979; Michael Howard, “The military factor in European expansion”, en Hedley Bull y Adam Watson, eds., *The expansion of international society*, Oxford, Clarendon Press, 1984, pp. 33-42, Geoffrey Parker, *The military revolution: military innovation and the rise of the West, 1500-1808*, Cambridge University Press, 1988, William McNeill, *The age of gunpowder empires 1450-1600*, Washington, American Historical Association, 1989 (*Essays on global and comparative history*)

¹⁸ Jacques Lafaye, *Sangrientas fiestas del Renacimiento*, México, FCE, 1999 (*Bravarios*, 534), esp. pp. 1 ss. “¿Siglo de Oro o edad de bronce?”

de la Guerra de los Treinta Años, es la ilustración de ese mundo: batallas, asedios, desmanes de la soldadesca, saqueos, violaciones, canibalismo eran espectáculo común en la Alemania de entonces, y algo que por siglos se repitió en todos los rincones de Europa; Montaigne, Hobbes, Swift o Kant, para mencionar otras fuentes obvias, lo confirman. No nos sorprende que las costumbres se hicieran singularmente brutales, como han notado algunos historiadores. No se trata sólo de la ausencia de modales y de limpieza; sobre todo después de la Peste Negra, arreciaron en Europa los pogroms, la persecución de herejes y brujas, la criminalidad, la exacerbación del derecho penal.¹⁹ Cuando los observadores europeos describieron con horror —que los historiadores de hoy recogen— el caos de finales del imperio mogol en la India, no vieron que reproducía una situación familiar: la Europa poblada por devoradores de ingentes cantidades de carne era el teatro de una guerra de todos contra todos.

De esta situación podrían hallarse huellas en cantidad de terrenos de la cultura europea: una vez más en la educación represiva, pero también en la medicina, caracterizada por la “agresión” hacia la enfermedad, en el lenguaje y en fábulas “infantiles” como *Caperucita* o *Los tres cerditos*, que hoy nos asombran por su brutalidad. Posiblemente hasta la sexualidad europea, carente por siglos de manuales erotológicos, haya sido permeada por la única civilización que no sólo practicó, como todas, el egoísmo, sino que por momentos llegó a elevarlo a virtud de un ser humano considerado “*homini lupus*”.

4. *Violencia y expansión ultramarina*

No parece extraño entonces que este *ethos* guerrero tuviera su importancia en la expansión ultramarina de los europeos. Por supuesto, el hecho fue agravado porque quienes condescendían a las aventuras lejanas solían provenir de lugares salvajes, de páramos y montes, de fronteras duras y belicosas: fueron extremeños, corsos y escoceses los que formaron mayoritariamente las huestes y ejércitos coloniales. Lo que era la mentalidad del soldado medio nos ha quedado reflejada en crónicas y memorias sobre la llegada de los portugueses al Índico, de los españoles al Caribe, de los ingleses

¹⁹ Véase K. G. Zinn (1989), citado en Herbert Frey, *La arqueología negada del Nuevo Mundo*, México, INAH, 1996, p. 70.

al Pacífico o de los franceses a Argelia. De este *ethos* brutal creo incomparable la descripción hecha por una notable autobiografía, la de Alonso de Contreras, hombre de buen corazón pese a todo; del ánimo resultante, nada mejor que la cándida expresión de Lope de Aguirre: cómo era posible que se odiara la guerra, "si aun en el cielo la había habido entre los ángeles cuando echaron de él a Lucifer".²⁰ Los *paras* franceses en Argelia, los mercenarios ingleses en el Golfo Pérsico, los hombres de la Legión Extranjera son herejeros de larga tradición.

Sus hazañas y sus crueldades han quedado reflejadas en abundantísima literatura: los indios quemados vivos por los españoles u objeto de barbaridades por los ingleses y sus sucesores, los aldeanos argelinos asfixiados en cuevas por el mariscal Bougeaud son ejemplos salientes abundantemente exhibidos, pero que han opacado un fenómeno más general, del cual los actos de crueldad son manifestación parcial: la belicosidad de los europeos, la facilidad para la agresión. Junto a las ya socorridas referencias a Bartolomé de Las Casas, quiero agregar el testimonio de un panegirista de España, señalador en el detalle: al hablar del manatí, señala el caso de Mato, un ejemplar que había sido domesticado en una isla del Caribe, tan manso que comía de la mano de los indios y dejaba que éstos lo montaran; "quiso un español saber si tenía tan duro cuero como decían; llamó 'Mato, Mato' y en viniendo arrojó una lanza que, aunque no lo hirió, lo lastimó; y de allí adelante no salía del agua si había hombres vestidos y barbudos como cristianos, por más que lo llamasen".²¹

Este carácter belicoso, esta disposición continua a la agresión debe ser tomada en cuenta para explicar cantidad de éxitos de los europeos en Indias y en otras regiones. La superioridad del armamento, la utilización de las divisiones existentes, la sorpresa, las profecías no nos dan cuenta de todo. Los caribes podían tomar las espadas de Colón y los suyos por el filo y cortarse, ignorar de la guerra, pero había otros amerindios capaces de notable eficacia guerrera (Bernal Díaz confesaba orinar "una o dos veces" antes de las batallas), de crueldades refinadas (el palo de la tortura

²⁰ *Vida, nacimiento, padres y crianza del capitán Alonso de Contreras* (1640 ca.). Madrid, Alianza, 1967; Francisco Vázquez/Pedrarías de Almesto, *Jornada de Omagua y Dorado crónica de Lope de Aguirre*, Madrid, Miraguano, 1986 (*Libros de los malos tiempos*, num 1), p. 109

²¹ Francisco López de Gómara, *La conquista de las Indias y vida de Hernán Cortés* (1552), prólogo y cronología de Jorge Gurría Lacroix, Caracas, Ayacucho, 1973, cap. xxxi, p. 50

de los *westerns*), de festines con la carne de los enemigos (véanse las descripciones de Jean de Lery sobre esta costumbre guaraní, tras lo cual sorprende que el autor confiese preferir a estos comedores de hombres sobre sus compatriotas). Sin embargo, sólo en algunos casos (los indios de las llanuras) se mostraron capaces de prolongada guerra: los mecanismos de concertación del área andina,²² las batallas rituales de Mesoamérica no se comparaban con la guerra dura, metódica, sin tregua que los europeos combatían. Inesperadamente cayeron los imperios mexica y quechua como castillos de naipes ante la belicosidad indomable de los españoles, a los que no arredraba una derrota. En Norteamérica, los indios narragansett de Nueva Inglaterra desaprobaban la forma de guerrear de los colonos: "es demasiado furiosa y mata a demasiados hombres"; en efecto, los indios podrían guerrear siete años y no matar a siete hombres, reflexionaba un capitán inglés; en Java se documentaron actitudes análogas; en el Índico la llegada de los portugueses significó una nueva era de agresiones.²³ Podría ser el secreto de la rapidez con que grupos muy pequeños fueron los constructores de los imperios coloniales y la buena acogida con que eran recibidos los mercenarios europeos en todas partes.

A partir de ello notamos que, si bien las crueldades europeas encuentran fácil correlato en las de un Tamerlán o un Chaka fue la belicosidad cotidiana el aspecto diferencial (junto al hecho que ninguno de estos dos conquistadores haya alardeado de una superioridad moral por "valorar la vida humana"). La comparación aparecía fácilmente entre los observadores: las opiniones que podemos suponer de Mato o las que leemos del egipcio al-Yabarti, testimonio de la invasión de Bonaparte, se yuxtaponen a las ya citadas de Busbecq, Teixeira y Burton: junto a ellas se extiende una parte considerable de los escritos americanistas, donde la mansedumbre de los indios es contrastada con la violencia de los conquistadores; infinidad de veces se ha dicho que esta imagen, que dio en la figura del "buen salvaje", es en realidad una proyección que los europeos hicieron de sus anhelos, más que una descripción de la realidad; que es una crítica a la propia sociedad más que un elogio de la ajena. Esto sólo en parte es verdad: recordemos que el

²² Janice Theodoro y Fortunato Pastore, "Extremo occidente y extremo oriente: conflicto y negociación". *Cuernos Americanos*, num. 63 (1997), pp 184-209

²³ Los testimonios americanos y javanés son citados en Parker, *The military revolution*, p 118. Para los cambios en el Índico, véase, últimamente, Sanjay Subrahmanyam, *Ílaco de Gama*, Barcelona, Crítica-Grijalbo-Mondadori 1998, pp 109ss.

prototipo del buen salvaje —antes de llegar a los tratados de Lafitau o Rousseau— nació de la pluma de los misioneros españoles o franceses, que no carecían de prejuicios sobre las culturas amerindias, pero que tenían a éstas ante los ojos.

Conclusión

ESPERO que la argumentación hasta aquí esbozada no haya llegado a parecerse a la caricaturización hecha por Landes que cité al inicio: no es mi intención caer en otro maniqueísmo, y si he subrayado ciertos hechos ha sido para balancear las interpretaciones del “milagro europeo” que sólo enfatizan sus logros (científicos, organizacionales, culturales en general) y hoy repiten y proyectan al pasado la idea de Europa como “el lugar más bello y civilizado del mundo”.²⁴ Creo, por el contrario, que las conquistas tuvieron su lugar, y en ellas lo tuvo el *ethos* guerrero de los europeos.

Pero la historia no acaba ahí. Cualquiera puede ver que en los últimos siglos dichas conquistas han desencadenado procesos que han modificado situaciones seculares, en Europa y fuera de ella. Simplificando despiadadamente, me atrevo a afirmar que la hegemonía europea en el mundo fue uno de los motores de la afirmación burguesa; ésta, a su vez, racionalizó los fines guerreros: si en el Antiguo Régimen la lógica rapaz de la nobleza veía en el despojo del adversario el medio más seguro de enriquecerse, la burguesía calculó con más frialdad las ventajas y desventajas de la guerra y de la paz. Por ello, a partir de 1815 Europa se vio libre de guerras por periodos cada vez mayores, aunque las que vinieron a interrumpir estos periodos fueron cada vez más destructivas. La paz, junto con la escolarización universal, la urbanización y otros fenómenos dieron lugar a una notable suavización de las costumbres: es lo que notaba Gobineau en el París de su época, que sin embargo juzgaba de decadencia; o lo que historiaba Georges Sorel, cuando señalaba la desaparición ya antes de 1870 de los *grosses culottes* y de las brutales costumbres del proletariado de antaño.²⁵

²⁴ “Europa [] resta il luogo più bello e civile del mondo”, dice Indro Montanelli (*Il Corriere della Sera*, 25-III-2000, p. 24); cosas parecidas se dijeron en los más sangrientos periodos de la historia europea: una señal más que el nombre del *Montanelli storico* no será el que pase a la posteridad.

²⁵ Arthur de Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853), en *Oeuvres* Paris, Gallimard, 1983, vol. 1, p. 150; Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia* (1908), Buenos Aires, La Pléyade, s.f., pp. 197-198.

Verdad es que estos cambios se debieron a una creciente afirmación de los derechos de nuevas capas de la sociedad atlántica, más que a un imperativo ético. Stuart Mill notaba la importancia que en la defensa de la libertad tenía la capacidad de respuesta de cada individuo a quienes pisaban sus derechos; y por otro lado excluía explícitamente de estas libertades al vasto mundo colonial. Fue un avance pese a todo, pero tuvo como contrapartida los demonios que la agresión dejó sueltos por doquier. El complejo arte europeo de la guerra hoy se ha hecho universal, produciendo un creciente número de Atilas: los amables criollos que conoció Humboldt a principios del siglo XIX se volcaron pocos años después a guerras destructoras y crudelísimas; el manso hindú, el chino servicial y otros personajes del imaginario europeo también lo hicieron; hoy Idi Amin Dada, Pol Pot, Saddam Hussein horrorizan a un pacato mundo que desde Londres o París es incapaz de observar un rasgo omnipresente en estos personajes: pese a sus reivindicaciones culturales, no se despojan del uniforme militar con que antaño se adornaban los dinastas europeos.